

EL DESCONOCIDO.

La noche había cambiado de súbito, arrastraba consigo una niebla de las que raramente se recordaban por allí. La luna también se había escondido y en el ambiente se sentía la fría y húmeda mano de la oscuridad. Bajo los faroles la niebla tomaba un color rojizo amarillento, y daba una sensación de escalofrío y de incertidumbre el no poder ver más allá de las narices. Ya iban a dar las once de la noche cuando don Porfirio y su esposa decidieron volver a casa. La comida con los compadres se había extendido demasiado, cosa que no acostumbraban pues se levantaban temprano cada día. Con abrazos y ademanes cariñosos, la pareja se despidió prometiendo volver para el siguiente sábado.

—Compadres, vénganse más temprano para el próximo sábado, pidió don Jacinto.

—¿Qué, más temprano, cumpa?, si nos vinimos a las ocho, contestó riendo don Porfirio, ¿quiere que nos vengamos a almorzar pa' la próxima?

—Así nomás, no estaría mal, pues eñol, vénganse como a las siete que viene unos compadres del sur y a esos les gusta la comilona temprano, recalcó don Jacinto, golpeando cariñosamente el hombro de su futuro compadre.

—Bueno, compadre, que duerman bien. Abríguense que se está poniendo la noche muy helada. Nos estamos viendo, adiós.

La pareja se alejó mientras los dueños de casa los miraron desaparecer envueltos en la niebla. Sólo se escuchó un adiós cuando la pareja dobló la esquina ¡Adiós! contestaron al mismo tiempo, don Jacinto y doña Margarita, luego cerraron la puerta a sus espaldas. Se sentían entumecidos por el penetrante fresco que había caído junto a esa intrigante niebla.

El pueblito de San José tenía escaso alumbrado público, un poste por cada cuadra, calles angostas y empedradas construidas en tiempos coloniales, casas de adobe y techos de tejas que se

NENA

humedecían por el contacto con la lengua de la niebla y daban el aspecto de estar llorando lentas lágrimas. Doña Rosaura se apretó al brazo de su esposo aterida por el frío.

—Está fría la noche, y esta niebla que no deja ver, me da miedo mi'jo, se ve tan sola la calle.

—Sí, yo pienso que este invierno va a ser harto frío y con escasa lluvia. Sabes que me llama la atención esta niebla, es poco común por estos lados, contestó el hombre un tanto incrédulo y se subió hasta el tope el cierre de su chaqueta. Luego agregó, Rosy, hay que abrigarse más. La mujer asintió con la cabeza, ella caminaba con un dejo de dificultad por encontrarse en el séptimo mes de embarazo, sería su primer hijo o hija, ¡vaya a saber! Lo que fuera, lo esperaba con ansiedad.

Sus pasos resonaban por las veredas como cascos de caballos, era un sonido que quebraba la quietud de la noche.

—¡Tan solo que es este pueblo!, si no anda ni un alma, comentó la mujer escudriñando a través de la niebla.

—Aquí, Rosy, se duerme temprano sobre todo si es invierno. Se nos hizo tarde pero lo pasamos bien, ¿no es verdad?

—Claro que lo pasamos bien, por eso andamos a esta hora. El compadre no dejó de contar chistes, es requete simpático, contestó la mujer asomando una leve sonrisa, mientras continuaban caminando con paso rápido. De pronto don Porfirio miró hacia atrás pero no vio nada, la niebla se cerraba herméticamente a sus espaldas dejando poca visibilidad.

—Juraría que sentí pasos tras nosotros, comentó el hombre en voz baja.

—Yo no escuché nada, argumentó la mujer aferrándose más al brazo de su marido, ya nos queda poco, mi'jo. Nuevamente caminaron en silencio. Don Porfirio volvió varias veces su cabeza tratando de visualizar a la persona que parecía venir tras ellos, incluso se detuvo y por unos segundos se quedaron casi sin respirar agudizando el oído, pero aquel que los seguía también se detuvo pues no escucharon por ese tiempo ningún paso. Para tranquilizarse el hombre pensó que no había que temer, éste era un pueblo pequeño en donde todos se conocían. Así continuaron su

NENA

camino, pero los pasos también, a pesar de que eran notorios no podía estar muy lejos y se suponía que deberían estar viéndolo, por lo menos una silueta, sin embargo sólo escuchaban sus pisadas. Don Porfirio se restregó los ojos y una vez más se detuvo, pero pasó lo mismo, no pudo ver a nadie. Al divisar la puerta de su casa la mujer se adelantó y abrió de sopetón. El marido se quedó parado en el umbral, esperando ver a la persona que se suponía los seguía a corta distancia, pero de nuevo, nada, ni un solo ruido, estuvo allí unos minutos y al final entró a la casa cerrando con el postigo la puerta. Se sacó la chaqueta y la lanzó sobre a una silla, luego se frotó las manos.

—¿Vas a preparar un matecito Rosy?

—Sí, respondió la mujer desde la cocina. En ese instante se sintieron unos golpes en la puerta de calle. ¿Quién será a estas horas? Se dijo don Porfirio dirigiéndose a la entrada, pero primero preguntó con voz firme:

—¿Quién es?, nadie le respondió, esperó unos segundos y nuevamente sintió los golpes. Sacó el postigo que atravesaba la puerta luego le dio dos vueltas a la llave y abrió. Encontró a un pobre viejo, mal vestido y desconocido que le miraba con ojos de súplica. Muy extrañado después de mirarlo de pies a cabeza don Porfirio le inquirió con voz firme.

—¿Qué se le ofrece, buen hombre, a estas horas de la noche?

—Don, necesito ayuda, un plato de comida por caridad, hace tres días que no como. Si usted me hace el favor, suplicó el desconocido.

—Pase usted, buen hombre, aquí en mi casa no se le niega un plato de comida a nadie. El viejo entró, se veía fatigado, sus zapatos estaban manchados de lodo seco y sus manos agrietadas se agitaban por alguna de esas enfermedades de la vejez. Luego don Porfirio le arrimó una silla y le hizo sentar, y agregó, ésta es una casa humilde pero nunca nos ha faltado la comida, espere un poco. Rosy que había salido de la cocina intrigada por las voces, asintió con la cabeza. Aunque llena de curiosidad fue de inmediato a la cocina por un plato de porotos.

NENA

—Ya mi mujer le está calentando unos porotos, buen hombre. ¿Qué hace usted a estas horas de la noche y con tanto frío?

—Vengo de muy lejos, don, y buscaba un lugar para comer y pasar la noche.

—Bueno, de comer tengo, pero para pasar la noche mi casa es muy pequeña, no tengo más que un cuarto, lo siento, pero en el patio no le dejaría dormir es muy helado.

Rosy apareció en ese instante con el humeante plato de porotos y una torreja de pan amasado que colocó en la mesa cerca del anciano. El viejo no esperó que le invitaran a comer, rápidamente se devoró la comida, mientras don Porfirio lo contemplaba en silencio en el otro extremo de la mesa lidiando un mate. Cuando terminó de cucharear el último grano de porotos el viejo con agrado limpió sus labios con la manga de su raída chaqueta, guardó el resto del pan en un bolsillo y se levantó de la silla, los miró con tristeza, y dijo:

—Gracias, don, le agradezco el favor, debo irme a buscar donde dormir. Que el cielo esté con ustedes por su bondad. Y arrastrando los pies, el viejo se encaminó hacia la puerta de calle.

—Está bien, buen hombre, vaya usted en paz, le recomiendo que se dirija hacia la esquina, verá que a media cuadra hay un negocio que le puede dar albergue por esta noche. Dígales que lo manda Porfirio, yo les pagaré después el favor.

—Se lo agradezco don, para allá iré, buenas noches y gracias.

Cuando el anciano hubo salido, don Porfirio volvió a cerrar la puerta, en ese momento se acordó de la casa desocupada de su cuñado que estaba en la misma cuadra.

—Oye, ¿crees que Juan se moleste si dejamos que el anciano descanse en su casa?

—Yo pienso que no, total tiene puras cosas en desuso. Ve a buscar al anciano.

El hombre abrió la puerta, tomó su chaqueta y salió a la calle. Miró para un lado y otro, pero no pudo ver a nadie, la niebla continuaba, cada vez más espesa. ¡Buen hombre!, gritó, mas no hubo respuesta y el silencio sólo vino a su llamado. Qué extraño, no puede ir muy lejos pues se ve que

NENA

camina con dificultad, se dijo, y se encaminó deprisa hacia el albergue que le había indicado. El negocio aún estaba abierto y entró de sopetón.

—Don Porfirio, no me asuste, parece alma que lleva el diablo, ¿qué se le ofrece?

—¡Ah!, perdón, Carlitos, ¿oiga no ha pasado por aquí un anciano? ¡Reciencito!

—No, nadie, ni siquiera una mosca, ya iba a cerrar, me quedé un rato más, para arreglar las vitrinas, ¡Qué noche! ¿No?

—Sí, está muy fría y rara, con esa niebla, pero, ¿pa' dónde se habrá ido? Yo le mandé pa' cá, no hace nada...

—¿A quién?

—¡Al anciano ese!

—Oiga, don Porfirio, ¿no habrá estado soñando?, por aquí no ha pasado nadie hace un buen rato, con está niebla no dan ganas de salir a la calle. Váyase a la cama, que yo me voy a la mía, sonrió el tendero.

—Pues, ya me voy, qué mala suerte pal' viejo. Buenas noches, Carlitos, que duerma bien.

—Buenas, pa' usted también.

Don Porfirio volvió sus pasos hacia su casa, era tan extraño que el anciano desapareciera así tan pronto, le parecía inconcebible, lo había visto con sus propios ojos caminar con dificultad.

—Mi'jo, ¿lo encontraste?, preguntó su mujer al verlo llegar.

—No, fíjate que no, fui a la posada de Carlitos, pero no vio a nadie pasar.

—¿Qué raro, hacia adónde se iría? Qué pena que no se nos ocurrió antes, comentó la mujer.

—Bueno, no hay nada qué hacer, pobre hombre, no era su suerte. Vámonos a la cama.

Al día siguiente, don Porfirio que conocía a todo el pueblo, preguntó por aquí y por allá, por el viejo visitante nocturno, estaba muy intrigado, sin embargo nadie le supo dar una respuesta pues nadie lo había visto, incluyendo esa mañana. ¿Cómo va a desaparecer sin dejar rastro? ¿En dónde dormiría esa noche? Se veía tan cansado. ¿Se habrá dormido a la vera de algún camino? Alguien

NENA

debería haberlo visto caminar por el pueblo esa mañana. Pero por más que preguntó no pudo saber nada del anciano. Al tiempo ya se había olvidado del suceso y la vida continuó su ritmo.

Una mañana, meses después de ese extraño suceso, don Porfirio se dirigía como de costumbre a su trabajo en la hacienda de don Mateo, notó que en un recodo del camino había un extraño bulto, desde lejos parecía un hombre inclinado, pero al aproximarse descubrió que era una raída chaqueta dejada sobre las ramas de un matorral. Curioso, se acercó, le parecía conocida, muy parecida a la que el misterioso anciano llevaba aquella noche, dio una mirada alrededor, pero no encontró a nadie. Qué raro, esto no estaba ayer aquí, ¿andaré el anciano por estos lugares?, ¿se habrá muerto? Volteó de nuevo, pero nada, entonces gritó: ¡Ey! ¿Anda alguien por ahí? Una parvada de cuervos salió del plantío, asustados por el ruido. Don Porfirio, hizo una mueca, y ya se disponía a seguir su camino cuando le llamó la atención algo que brillaba en el suelo, fue hacia allá y se inclinó, dos monedas de oro jugueteaban con los rayos del sol y lanzaban pequeños reflejos brillantes, las recogió incrédulo, volvió a preguntar en voz alta: ¿Quién anda por ahí?, pero sólo los cuervos le contestaron desde un árbol cercano con un estridente graznido. El hombre cogió la chaqueta, la inspeccionó. Sí, era la misma que el anciano traía esa noche, de pronto sintió el tintinear de otras monedas en un bolsillo, metió su mano y allí estaban tres hermosas monedas de oro. Don Porfirio no podía creer lo que sus ojos veían, una sonrisa asomó a sus labios, dejó la chaqueta sobre las ramas y guardó las monedas, aún sorprendido por el hallazgo. No se atrevía a irse sin antes comprobar que no estaba haciendo un robo, allí permaneció por un largo rato sin que pasara un alma. Volvió a tocar las monedas en el fondo de su bolsillo y continuó su camino como en estado de trance.